

EL PAIS

Montevideo, Marzo 31 de 1919

EL QUEBRACHO

Es el de hoy, un aniversario triste y hermoso a la vez. La resistencia cívica contra un régimen monstruoso, corporizase en la masa de ciudadanos que descifren la divisa para ir a ofrecer su vida, en una inmensa suma de energías y sacrificios; es una ardiente adhesión de los propios hombres de la capital y en una cooperación evidente del gobierno y el pueblo argentino.

Era, tal vez, "el inmenso partido anónimo del bien y la justicia", que señalara José Pedro Ramirez en uno de sus magníficos gestos tribunicios; era el país, en lo mejor y máspreciado de sus fuerzas; eran las energías de la cultura y la moral que generaban en las entrañas de la patria, un movimiento de avasalladora protesta.

La juventud más distinguida, los primeros ciudadanos de la república, una avezada dirección militar, el ambiente propicio, los habitantes del territorio todo esperando ansiosamente a los revolucionarios como a una redención... Todo, se tenía; pero todo había de fracasar en la inexplicable derrota del Quebracho! Y entre los despojos y la sangre del patriotismo, algo de muy grande y muy triste quedaba abandonado sobre el campo de la derrota: la esperanza de terminar con el despotismo cuartelero entonces dominante y con cualquier otro cuya presión asfixiante dominara la república.

Quebrado el ejército ciudadano, dobladas las huestes revolucionarias por las fuerzas de línea, parecía cerrarse en el horizonte toda esperanza de reacción patriótica y consolidarse la certidumbre de que las fuerzas gubernistas no podrían ser vencidas por las bisonas y mal organizadas milicias ciudadanas!

Fué necesario otra revolución, otra batalla, otro jefe, para que el país se convenciese de que también esas fuerzas podrían ser deshechas por el heroísmo de los ejércitos voluntarios: esa revolución fué la de 1897; esa batalla, Tres Arboles, — y ese jefe Diego Lamas.